¡Ojalá que viviesen siempre en el cuadro de la vida sin desvanecerse!

¡Qué hermosos los primeros sueños del alma!... cielo purísimo de rosa con celajes de oro y de púrpura, estrellas siempre resplandecientes, cortinajes de luz que se estienden en los lejanos horizontes de la existencia, ¿por qué desaparecéis en la noche de la tribulación y de las vicisitudes?

## IV.

La noche había cerrado, y Jacinto aun no parecía: el tío Blas estaba inquieto, abría los ojos desmesuradamente para ver entre las tinieblas si se dejaba ver por el camino; el ruido del viento le parecía traerle los pasos del caballo: nada, todo estaba en silencio, solo dentro de la hacienda seguía el ruido estruendoso de la fiesta.

-Algo va á pasar, dijo el viejo caporal; mi corazón nunca me

ha engañado.

Entróse en su aposento, cerró por dentro, y cuando se convenció de que estaba enteramente solo, sacó del fondo de una caja una bolsa con papeles, la abrió, tomó una esmeralda que puso en un escapulario que llevaba al cuello, guardó en el seno la bolsa con los papeles, y volvió al portón de la hacienda.

Pasó las horas en la mayor ansiedad, hasta que el crepúsculo comenzó lentamente á aparecer en las primeras líneas del horizonte; la música continuaba en la fiebre de un día de gozo y aturdimiento; los soldados de la escolta se bañaban en el río, y se escuchaban sus carcajadas y el golpeo del agua.

El tío Blas estaba como una estátua de piedra en el portal.

Oyóse un tropel de caballos, y à pocos momentos ruido de armas y un disparo de mosquetes.

-¡Ya lo sabía! dijo el tío Blas cayendo atravesado por el plomo.

## CAPITULO IV.

## De cómo pueden reunirse en un mismo punto cuatro aves de mal agüero.

I.

Jacinto se adelantó por el sendero escabroso que lleva al camino de Chilpancingo, cuando se detuvo al escuchar el ladrido de los perros y una voz robusta que los sosegaba.

-; Caifás! Sultán! sosegaos!

-Alguien llega, dijo otra voz, y los pasos se dirigieron al encuentro de Jacinto.

-: Alto!

Jacinto se bajó del caballo, y visiblemente contrariado avanzó hacia el capitan Piedra-Santa, que estaba en espera de Galeana.

- ¿A dónde vas, muchacho?
- -Voy por ganado, señor amo.

- De donde vienes?

- -De la hacienda de Chichihualco.
- Son tus amos los señores Bravos?

- Precisamente.

-¿Y qué has visto?

—Mucho, señor amo; el niño don Nicolás se ha casado y tenemos gran fiesta, por más señas que el señor Galeana está por allá,

—No hay novedad, pensaba el capitán; no obstante, su inquietud no se calmaba.

- Me puedo retirar?

—Sí, respondió el capitán, conteniendo á los perros que no cesaban de ladrar.

Jacinto desapareció por las rocas; luego que se encontró sobre la montaña se detuvo, y comenzó á contar los grupos de insurgentes que formaban la escolta de Galeana.

—Son pocos, decía; no podrán formalmente resistir á los realistas; la cosa es hecha.

El hijo del tío Blas algo aguardaba; porque con ligeros intervalos silbaba de una manera particular, remedando el silbo de las culebras.

De repente se detuvo en una hondonada que hacía el camino, examinó el sitio, y convencido de que era el mismo que buscaba, dejó al caballo pastando en los matorrales, y tomó asiento sobre una piedra.

Jacinto tenía pintada en el semblante una desesperación horrible, su mirada se había hecho más torva y su frente amenazaba como la tempestad.

Cruzóse de brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y pareció entrar en meditación.

Después hablando consigo mismo, y sin notar que alzaba su voz, comenzó á decir claramente:

—No soy pobre, y sin embargo, no soy igual á esos señores... ella no ha reparado en nada... bien que jamás me atreví á decirle una sola palabra... ¡yo la amo con todo mi corazón!... ¡que mañana tan horrible!... vestía de blanco, y su corona despedía un olor de los cielos... sus ojos eran de fuego, y su semblante pálido como el de la luna!... yo me atreví á verla y quedé admirado.

- Jacinto, estoy hermosa?

—Yo no supe que responderla; porque mi corazón se oprimía como si pesase sobre mi pecho una de estas piedras... Me alejé llorando... sin embargo, me atraía algo desconocido, torné á su presencia, ya estaba el altar encendido y el señor cura con el libro en la mano... y ella al lado de ese hombre aborrecido, viéndole con una ternura inmensa, parecía que los rayos de sus ojos penetraban hasta el fondo de su pecho... qué daño me hace este recuerdo... toda aquella concurrencia rodeaba á los esposos... yo oía la voz del cura come en las noches de la costa las corrientes lejanas del viento ó del rumor del mar... nada comprendía... ¡estaban casados!... ¡unidos para siempre!... ¡para siempre!

Jacinto limpió con el dorso de su mano una lágrima que brotó como una chispa de fuego de sus pupilas abrasadas.

—¡He pensado mucho, continuó el mancebo,.. mucho... y no puedo soportar así la vida... siento que el demonio se me ha entrado en el corazón... quiero la venganza!

El hijo del tío Blas acarició el puño de un machete suriano.

Después entró en un silencio mudo y terrible; el volcán de sus celos hacía su erupción, y las ideas del mancebo todas eran de sangre y de matanza.

Jacinto se había apasionado de la novia de Bravo, su condición lo alejó de aquella virtuosa joven, y los celos en una alma grosera é impetuosa debían provocar terribles resultados.

Había presenciado el casamiento, asistido á aquella solemnidad

que le impuso en su alma el infierno de la desesperación.

Amar hasta la locura á una mujer, soñar con ella, vivir con sus desdenes, alentar con su misma indiferencia, aspirar igualmente á su odio que á su amor, solo porque cualquier sentimiento de esos proviene de su alma, de quien se ambiciona un rayo, y verse despreciado, envilecido ante otro ser más dichoso, cuando se hubiera dado por aquella mujer la existencia entera, la sangre, todo el porvenir, el más allá de la tumba... ¡horrible... horrible situación!...

Jacinto era un desgraciado, y la desgracia es el imán del crímen; pensó en la venganza. y la casualidad tenía á sus manos el hilo de la trama fatal, presisamente en los momentos sombríos de su

rencor. Vió llegar á Galeana, á quien conocía, y desde luego se decidió por la denuncia.

Este paso era el primero en el precipicio, desde aquel momento tendría que afrontar una situación desesperante, seguir las banderas del rey, hacerse enemigo de su patria y de su familia; la marca de ingratitud pesaría sobre su frente, y sería maldecido de sus padres.

Todo lo pensó... sí, todo; pero aquel mar que se le venía encima, desaparecia al recordar su amor humillado... ¿para qué quería la existencia sin aquella mujer?... la tranquilidad lo asustaba, porque la soledad y el reposo son los verdaderos tormentos del alma que sufre.

La revolución le traería el olvido, y ese viento orea la sangre del corazón.

El amor del mancebo y su afán habían pasado desapercibidos; nadie había sospechado aquella agitación febril, excepto el tío Blas, que desde el fondo de su rudeza vijilaba á su hijo de una manera particular.

El viejo cuando se encontraba á solas con su hijo le decía:

—Jacinto, el matrimonio no se hizo para tí; me darás un gran disgusto el día que te vea enamorado; más tarde te explicaré mis ideas; tú has nacido para otras cosas, de las que te enteraré á su tiempo.

Jacinto parecía obedecer á su padre, porque no se le conocía novia alguna en la comarca; las muchachas más guapas del pueblo le eran indiferentes; nadie sospechaba lo que pasaba en el alma agitada del infeliz ioven.

La tempestad se había preparado y le llegaba su hora; el destino se anuncia como el huracán, á una gran distancia.

## II.

Estaba el mancebo hundido en la pesada sombra de su infortunio, cuando tres ginetes llegaron al pequeño anfiteatro que formaban las rocas de la montaña.

—Hola, Jacinto, dijo un hombre alto, rubio y de barba larga, que tenía el acento y la traza de un estranjero.

-Señor David, hace dos horas largas que espero.

-Este señor Gago se ha detenido en cuantas chozas ha encontrado á su paso.

-Ese es mi único defecto, dijo Pepe Gago, que era un individuo pequeño y flaco como una anguila, pero siempre llego á tiempo.

—El señor Tabares, continuó David, es mas sério y ofrece más garantías.

Sonrióse Tabares, que era un hombre como de cincuenta años fornido y con la tez morena por el sol reverberante de la costa.

—Puesto que estamos reunidos, y sin más testigos que nuestra conciencia, hablemos de nuestros planes, que ya es tiempo de realizarlos.

-Hablemos, dijo Jacinto.

—Somos víctimas de la ingratitud de Morelos, dijo Tabares; yo le dispuse el campo de *Tres-Palos* para que derrotase á Páris, alcanzando con esa victoria gran fama en toda la costa; ¡sí señores, ese día se hizo del armamento que llevan sus soldados, y pensar que ese hombre me ha desairado llevando su ingratitud hasta el grado de desconocerme!

—Tienes razón, dijo David, yo me escapé del castillo de Acapulco en los momentos en que lo sitiaba; fuí el mejor de sus oficiales, y como á Tabares hoy me posterga.

-¿Pero qué ha motivado ese cambio? preguntó Jacinto.

—Has de saber, dijo Tabares, que Morelos nos envió á los Estados-Unidos como agentes para el reconocimiento de la independencia; el general Rayon nos detuvo en su ejército, le hemos servido en todas sus empresas, hasta alcanzar un grado regular, que juro hemos ganado en el campo de batalla.

-Hemos arriesgado cien veces la vida, dijo David, bajo las ban-

deras de la insurgencia.

—Regresamos, continuó Tabares, al campamento de Morelos; luego que nos presentamos, se enciende en furia por esa rivalidad que tiene con el generale Rayon, y no solo nos ha tratado mal, sino que se ha permitido arrojarnos de las filas, diciendo que no reconoce más grados que los dados por él en los combates.

-Ya verán, dijo Pepe Gago, si yo tuve razón para jugarle aquella

pasada.

—Hiciste bien, repondió David, si todos se portaran con ese valor y audacia, todo estaría arreglado.

-Yo ignoro, dijo Jacinto, la acción á que se refiere Gago.

—Estaba el general Morelos en el Veladero disponiendo el ataque do Acapulco, cuando nosotros, que defendíamos el fuerte, éramos un número muy escaso para rechazar su asalto bien combinado; así es que yo envié á un soldado á decir á Morelos, que cuando viese en uno de los baluartes asomar un farol, se dirigiese sin temor sobre el castillo, que yo se lo entregaría. Efectivamente, amigos míos, á las pocas noches y á la hora señalada, coloqué el farolillo, y vimos aproximarse una gruesa columna con todo el candor del que juzga encontrar llano el camino... ¡Dios poderoso! me acuerdo todavía, los dejamos aproximarse hasta tocar los muros del castillo... entónces una descarga de artillería y fusilería estalló sobre los insurgentes, haciéndolos pedazos y dispersándolos como parvada de tordos al golpe de la munición: ¡qué día! es decir, ¡que noche!... todos me abrazaban, me subían en peso, me victoreaban; vamos, yo fuí el héroe de la jornada.

—Ya puedes meterte bajo siete estadios de tierra; porque de caer en manos del general Morelos, no te da un minuto de vida.

Pepe Gago hizo un movimiento de desden, pero su faz se puso

intensamente pálida.

—Si hubiéramos sospechado lo que nos ha acontecido, dijo David, no nos ponemos á las órdenes de ese hombre; Jacinto, tú no lo conoces; es necesario decidirse á morir para acompañarle; ama los peligros con idolatría, juega con la muerte como Dios con los rayos, su valor es temerario, y su arrojo no conoce límites.

-Algo había de tener Morelos para ser tan temido de sus ene-

migos, dijo Tabares.

-Es que nosotros no le tememos, se apresuró á contestar David.

-Pues organicemos nuestro plan.

- —Es muy sencillo, amigos míos, dijo Tabares; es necesario apoderarnos de Morelos, sorprender su campo del Veladero; allá tengo un buen amigo llamado Mayo, que es uno de los oficiales de más fama en el ejército insurgente; él se encargará de poner á Avila, que hoy representa á Morelos, en una situación bien distinta de la que hoy guarda; ya le tengo hablado, le he ofrecido una gran cantidad, y espero de un día á otro ver realizada en esa parte nuestra combinación.
- -Yo marcharé, agregó David, y pondré en movimiento los pueblos de la costa, promoviendo una reacción realista.
- —Y yo estaré en Chilapa, dijo Pepe Gago, donde está el centro de mis relaciones; me encargo de defender la plaza y traer en continua guerra á los pueblos del derredor, persiguiendo insurgentes; la influencia mía y la de los españoles es suficiente para tener á raya á Morelos, que ya está insolente por demás, merced á la fortuna que sigue sus banderas.
  - -Yo, dijo Jacinto, prestaré un gran servicio á la causa del rey.
  - -Habla, exclamaron á un tiempo David, Gago y Tabares.
  - Anoche se han acercado á la hacienda los insurgentes.
    Luego están muy cerca, dijo Gago terriblemente inquieto.
- —Se puede decir, continuó Jacinto, que estamos á una legua de ellos.
- Corremos un gran riesgo, amigos míos, vámonos; son capaces de colgarnos como racimos.
- —Cálmate, Pepe, ellos no se arriesgarán á venir por este camino.

- Y bien?

-Don Hermenegildo Galeana está con los señores Bravos.

—¡Galeana! exclamó Gago, vámonos, ese hombre nos sorprende y nos descuartiza, créanlo ustedes, es una especie de fiera; Dios mío, estamos corriendo un riesgo espantoso.

-Este Gago es original, ese señor Galeana estará enfiestado en

el casamiento de don Nicolás.

A ese recuerdo tornó á anublarse la frente del joven.

- -Continúa, Jacinto, reflexiona que los insurgentes son el demonio.
- —Cuando me he cerciorado de que ese oficial del ejército de Morelos estaba seguro en la hacienda, he determinado denunciarle lo mismo que á los señores Bravos, que hace tiempo se han declarado por los insurgentes.

-Podemos hacer buena presa.

—El general Morelos está en la hacienda de la Brea; si podemos hacernos de Galeana, sería fácil sorprender el campo insurgente, que tiene muy pocos soldados, todos han quedado en el Veladero.

-Bien pensado, y manos á la obra, dijo Gago.

-Nosotros marchamos á la costa, mientras Mayo se hace de las fuerzas de Avila.

-Y yo á Chilapa á prevenir una sorpresa.

David, que había permanecido en silencio, detuvo á sus compañeros, y dijo con acento de Satanás:

-Vosotros no sabéis nada en materia de revolución, vuestro plan es parte de la gran combinación que necesitamos realizar.

- ¿Qué piensas, David? preguntó Gago.

-Levantar la guerra de castas, asesinar á todos los blancos, degollar á Morelos como el jefe de la insurrección, lanzarnos sobre las ciudades, apoderarnos de sus tesoros, repartir las tierras, y en una palabra, hacernos dueños del país.

David era americano, tenía ese espíritu aventurero, no lo ligaban á México vínculo alguno; enemigo por raza y por historia, le era indiferente la existencia de esa generación, sobre la que caía como

un buitre.

Sus compañeros de complot se escandalizaron, pero se cuidaron

de decir una palabra; los cómplices se recelan mútuamente.

—Estamos arreglados, dijo Gago; por ahora demos el golpe de gracia á los Bravos, y más tarde realizaremos todas nuestras esperanzas.

Los cuatro conspiradores hicieron su juramento de costumbre, y partieron para sus destinos.